

CAPÍTULO II.

De Abraham y de los patriarcas.

Como el pueblo de Dios tomó bajo el patriarca Abraham una forma mas regular, es necesario detenernos un poco en la historia de este gran hombre.

Nació cerca de unos 350 años despues del diluvio, en un tiempo en que la vida humana, aunque reducida á mas estrechos límites, era todavía muy larga. Noé acababa de morir; su hijo primogénito Sem vivia todavía; y Abraham pudo pasar con él casi toda su vida.

Represéntese, pues, V. A. al mundo todavía nuevo, y todavía, por decirlo así, empapada la tierra de las aguas del diluvio, cuando los hombres tan cerca del origen de las cosas, no tenían necesidad, para conocer la unidad de Dios y el servicio que debía prestársele, mas que de la tradicion que se habia conservado desde Adán y desde Noé; tradicion por otra parte tan conforme con las luces de la razon, que parecia que una verdad tan clara y tan importante no podia jamas ser oscurecida ni olvidada entre los hombres. Tal es el primer estado de la religion, que dura hasta Abraham, en el que para conocer las grandezas de Dios, los hombres no tenían mas que consultar con su razon y su memoria.

Pero la razon se habia debilitado y corrompido; y á medida que se alejaban del origen de las cosas, los hombres confundian las ideas que habian recibido de sus antepasados. Los hijos indóciles ó mal educados no querian creer á sus abuelos decrepitos, á quienes apenas conocian despues de tantas generaciones; el sentido humano embrutecido no podia elevarse á las cosas intelectuales; y no queriendo ya los hombres adorar mas que lo que veian, fue-se estendiendo la idolatría por todo el universo.

El espíritu maléfico que habia engañado al primer hombre, se saboreaba entonces con el fruto de su seduccion, y veia cumplido el efecto de aquella palabra: "sereis como los dioses." Desde el momento en que la profirió trató de confundir en el hombre la idea de Dios con la de la criatura, y en dividir un nombre cuya magestad consiste en ser incomunicable. Su proyecto salióle á medida de sus deseos. Los hombres abandonados esclusivamente á la carne y á la sangre, habian sin embargo conservado una idea oscura del poder divino que se sostenia por su propia fuerza, pero que confundida con las imágenes adquiridas por sus sentidos, hacíaes adorar todas las cosas en que aparecia alguna actividad y algun poder. Así el sol y los astros que se hacian sentir de tan lejos, el fuego y los elementos, cuyos efectos

eran tan universales, fueron los primeros objetos de la adoracion pública. A los grandes reyes, á los grandes conquistadores que ejercian su poder sobre la tierra, y á los autores de las invenciones útiles á la vida humana, decretóseles bien pronto despues los honores divinos. Los hombres no tardaron en sufrir la pena de haberse sometido á sus sentidos; porque los sentidos decidieron de todo, é hicieron, á pesar de la razon, todos los dioses que se adoraron sobre la tierra.

¡Qué distante apareció el hombre de lo que era en su primera institucion, y cuán desfigurada no se hallaba la imagen de Dios! ¿Podía Dios haberle formado con las perversas inclinaciones que íbanse manifestando de dia en dia mas depravadas y peores? Y esta prodigiosa inclinacion que se observaba en él á sujetarse á cualquiera otro que á su Señor natural, ¿no mostraba con demasiada evidencia la mano estraña que habia alterado tan profundamente la obra de Dios en el ser humano, que apenas se encontrara en él ni aun vestigio de su primera creacion? Impelido por esta ciega impresion que le dominara de dia en dia, se encenagaba mas en la idolatría y se abandonaba á ella, sin que nada fuese capaz de retenerle. Este gran mal hacia rápidos progresos; y por temor de que no infestase á todo el género humano y no llegase hasta es-

tinguir el conocimiento de Dios, este gran Dios llamó desde lo alto á su servidor Abraham, en cuya familia queria establecer su culto, y conservar la antigua creencia tanto de la creacion del universo como de la particular providencia con que gobierna las cosas humanas.

Abraham fue siempre célebre en el Oriente: no solo los hebreos le miran como padre suyo, sino que los idumeos se glorian tambien de tener el mismo origen. Ismael, hijo de Abraham es conocido entre los árabes como el tronco de donde proceden; conservan la circuncision como la señal de su origen, y en todo tiempo se han circuncidado, no al octavo dia, segun costumbre de los judíos, sino á los trece años, que es cuando la Escritura nos dice que fué circuncidado su padre Ismael: costumbre que todavía dura entre los mahometanos. Otros pueblos árabes se recuerdan de Abraham y de Cétura, y son los mismos que la Escritura hace descender de este matrimonio. Este patriarca era caldeo; y los caldeos, afamados por sus observaciones astronómicas, han contado á Abraham como uno de sus mas sabios observadores. Los historiadores de Siria le han supuesto rey de Damasco, aunque extranjero y procedente de las cercanías de Babilonia; y refieren que dejó el reino de Damasco para establecerse en el país

de los cananeos, llamado despues Judea. Pero vale mas atenernos á lo que la historia del pueblo de Dios nos refiere de este gran hombre. Nosotros hemos visto en ella que Abraham seguia el género de vida que siguieron los hombres antiguos antes de que el universo estuviese dividido en reinos. Él reinaba en su familia, con la que ejercia aquella vida pastoril tan celebrada por su sencillez y su inocencia; rico en rebaños, en esclavos y en dinero, pero sin tierras y sin estados, y sin embargo vivia en un reino extranjero tan respetado é independiente como un príncipe. Su piedad y su rectitud le atraieron no solo el respeto, sino la proteccion de Dios. Trataba de igual á igual con los reyes que buscaban su alianza, y sin duda de aquí nació la antigua opinion de suponerle rey. Aunque su vida fuese simple y pacífica, sabia hacer la guerra, pero solo la hacia para defender á sus aliados oprimidos. Les defendió y les vengó con una victoria señalada; les restituyó todas sus riquezas que cogió á sus enemigos, y que por ellos fueron robadas, sin reservarse otra cosa para él más que el diezmo, que ofreció á Dios, y la parte que correspondia á las tropas auxiliares que habia conducido al combate. Además, despues de haber prestado un tan gran servicio, no quiso admitir los presentes de los reyes, negándose á sus ins-

tancias con una magnanimidad sin ejemplo, y no pudo sufrir que ninguno se jactase de haberle enriquecido. A nadie queria deber nada mas que á Dios, que le protegía, y á quien él solo servia con una fe y obediencia perfectas.

Guiado por esta fé dejó su tierra natal para trasladarse al pais que Dios le habia señalado. Dios, que le habia llamado, y que le habia hecho digno de su alianza, la concluyó con él bajo las siguientes condiciones.

Le declaró que seria su Dios y el de sus hijos, es decir que seria su protector, y que ellos le servirian como al solo Dios criador del cielo y de la tierra.

Prometióle una tierra (que fué la de Canaan) para que sirviese de mansion fija á su posteridad y de asiento á la religion.

No tenia hijos, y su muger Sara era estéril. Juróle Dios por su nombre y por su eterna verdad, que de él y de su muger nacería una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar.

Pero el artículo mas memorable de la promesa divina es el siguiente. Todos los pueblos se precipitaban en la idolatría; y Dios promete al santo patriarca que en él y en su descendencia todas aquellas naciones ciegas, que habian olvidado á su Criador, serian bendecidas, es decir, llamadas á su conocimiento, que

es donde se encuentra la verdadera bendición.

Por esta palabra Abraham fue declarado el padre de todos los creyentes, y fue escogida su posteridad por tronco de donde la bendición debía estenderse por toda la tierra.

En esta promesa se hallaba encerrada la venida del Mesías, predicho tantas veces á nuestros padres, pero siempre predicho como aquel que debía ser el salvador de todos los gentiles y de todos los pueblos del mundo.

Así, este germen bendito, prometido á Eva, vino á ser tambien el germen y un vástago de la descendencia de Abraham.

Tal es el fundamento de la alianza, y tales son sus condiciones. En testimonio de ella Abraham recibió la circuncision, ceremonia cuyo propio efecto era marcar que este santo hombre pertenecía á Dios con toda su familia.

Abraham no tenia hijos cuando Dios empezó á bendecir su descendencia; y aun Dios le dejó muchos años sin concedérselos. Despues tuvo á Ismael, quien debía ser el padre de un gran pueblo, pero no del pueblo escogido tan prometido á Abraham. El padre del pueblo escogido debía descender de él y de su mujer Sara, que era estéril. En fin, trece años despues de haber nacido Ismael, nacióle el hijo tan deseado: fué llamado Isaac, es decir, hijo de alegría, hijo de milagro, hijo de pro-

mesa, que señala por su nacimiento que los verdaderos hijos de Dios nacen de la gracia.

Ya era grande este hijo bendito, y en una edad en que su padre no podia esperar tener otros, cuando de repente Dios le mandó que se le inmolasen. ¡A qué pruebas no está espuesta la fé! Abraham condujo á su hijo á la montaña que Dios le mostrara, é iba á consumir el sacrificio de este hijo, en quien Dios le prometió hacerle padre de su pueblo y del Mesías. Isaac presentó su cabeza para que su padre descargase el golpe sobre ella con el cuchillo pronto en su mano á herirle. Dios, satisfecho de la obediencia del padre y del hijo, detiene el brazo de Abraham al punto mismo en que iba á descargar el golpe. Despues de que estos dos grandes hombres hubieron presentado al mundo una imagen tan viva y tan bella de la oblacion voluntaria de Jesucristo, y de que hubieron gustado en espíritu las amarguras de su cruz, fueron juzgados verdaderamente dignos de ser sus ascendientes. La fidelidad de Abraham obligó á Dios á confirmarle todas sus promesas, y bendijo de nuevo no solo á su familia, sino tambien por su familia á todas las naciones del universo.

En efecto, continuó dispensando su proteccion á su hijo Isaac y á su nieto Jacob. Estos fueron sus imitadores, y tan fieles como él á la creencia antigua, á la antigua manera

de vivir, que era la vida pastoril, al antiguo gobierno del género humano, en el que cada padre de familia era príncipe en su casa. Así fue que en las variaciones que se introducían todos los días entre los hombres, la santa antigüedad renacía en la religión y en la conducta de Abraham y de sus hijos.

Por esto también reiteró Dios á Isaac y á Jacob las mismas promesas que había hecho á Abraham; y así como se había llamado el Dios de Abraham, tomó también el nombre de Dios de Isaac y de Dios de Jacob.

Bajo su protección empezaron á vivir estos tres grandes hombres en la tierra de Canaan, pero como extranjeros, y sin poseer en ella *un palmo de terreno*, hasta que el hambre obligó á Jacob á trasladarse á Egipto, en donde multiplicados sus hijos llegaron á ser bien pronto un gran pueblo, según Dios lo había prometido.

Además, aunque este pueblo que Dios hacía nacer en su alianza debiese estenderse por la generación, y que la bendición debiese seguir á sus descendientes, este gran Dios no dejó de hacer notable en ellos la elección de su gracia. Porque después de haber escogido á Abraham de entre las naciones, eligió á Isaac entre los hijos de Abraham, y de los dos gemelos de Isaac eligió á Jacob, á quien dió el nombre de Israel.

La preferencia de Jacob fue señalada por la solemne bendición que recibió de Isaac aparentemente por sorpresa, pero no fue sino por una espesa disposición de la divina sabiduría. Esta acción profética y misteriosa había sido preparada por un oráculo desde el tiempo en que Rebeca, madre de Esaú y de Jacob, llevaba á los dos en su seno. Porque esta piadosa mujer, consternada por el combate que sentía tenían en sus entrañas sus dos hijos, consultó á Dios, de quien recibió esta respuesta: "Llevais dos pueblos en vuestro seno, y el primogénito vivirá sujeto al más joven." En cumplimiento de este oráculo Jacob había recibido de su hermano la cesión de su derecho de primogenitura confirmada por juramento; é Isaac al bendecirle no hizo otra cosa más que ponerle en posesión del derecho que el mismo cielo le había otorgado. La preferencia de los israelitas, hijos de Jacob, sobre los idumeos, hijos de Esaú, fue predicha por esta acción, que marca también la preferencia futura de los gentiles, nuevamente llamados á la alianza por Jesucristo, sobre el antiguo pueblo.

Jacob tuvo doce hijos, que fueron los doce patriarcas gefes de las doce tribus. Todos debían entrar en la alianza: pero Judá fue elegido entre todos sus hermanos para ser el padre de los reyes del pueblo santo y el pa-

dre del Mesías tan prometido á sus ascendientes.

Debía llegar el tiempo en que siendo separadas diez tribus del pueblo de Dios por su infidelidad, la posteridad de Abraham no conservase su antigua bendicion, es decir la religion, la tierra de Canaan, y la esperanza del Mesías mas que en la sola tribu de Judá, que era la que debía dar el nombre al resto de los israelitas que se llamaban judíos y á todo el pais que fue conocido por el nombre de Judea.

Así la eleccion divina la encontramos siempre en este pueblo carnal, que debía conservarse por la propagacion ordinaria.

Jacob vió en espíritu el secreto de esta eleccion. Estando próximo á espirar y hallándose sus hijos en derredor de su lecho moribundo, pidieron la bendicion á su buen padre: Dios le descubrió entonces el estado de las doce tribus luego que se hallasen establecidas en la tierra prometida; y le esplicó en pocas palabras encerrando en ellas innumerables misterios.

Aunque todo lo que dijo á los hermanos de Judá lo espresase con una magnificencia extraordinaria, sintiéndose como un hombre estasiado y como fuera de sí por el espíritu de Dios, cuando llegó á hablar con Judá, como arrebatado y subiendo mas la voz, díjole:

“Oh Judá, á tí te alabarán tus hermanos: tu mano pondrá bajo el yugo á tus enemigos: adorarte han los hijos de tu padre. Tu, Judá, eres un jóven y robusto leon: tras la presa corraste, hijo mio; despues para descansar te has echado cual leon y á manera de leona. ¿Quién osará despertarte? El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones;” ó, como dice otro pasaje que puede no sea menos antiguo, y que en la esencia no se diferencia de éste; “hasta que venga aquel á quien las cosas le están reservadas.”

Lo que sigue de la profecía concierne, á la letra, al pais ó á la region que la tribu de Judá debía ocupar en la tierra santa. Pero las últimas palabras que acabamos de ver, de cualquier manera que se las quiera interpretar, no quieren significar otra cosa ni se refieren mas que á aquel que debía ser el enviado de Dios, el ministro y el intérprete de su voluntad, el cumplimiento de sus promesas, y el rey del nuevo pueblo, es decir, el Mesías ó el ungido del Señor.

Jacob no habla espresamente de él mas que á solo Judá, de quien este Mesías debía nacer; y comprende en los destinos de Judá solo los destinos de toda la nacion, que despues de

su dispersion, debia ver los restos de las otras tribus reunidos bajo los estandartes de Judá.

Los términos de la profecía son bastante claros: no hay mas que la palabra cetro que el uso de nuestra lengua podria hacernos tomar ó entender por reino; en lugar de que, en la lengua sagrada, significa en general poder, autoridad, magistratura. El uso de esta palabra cetro se encuentra en todas las páginas de la Escritura, y se presenta mas manifiestamente en la profecía de Jacob, porque el patriarca quiere decir que á la venida del Mesías la casa de Judá no tendrá autoridad; lo que envuelve en sí la ruina total de un estado.

Asi es que los tiempos del Mesías se hallan marcados en la profecía por dos mudanzas. Por la primera, el reino de Judá y del pueblo judío se halla amenazado de su última ruina: por la segunda, debe levantarse un nuevo reino, no de un solo pueblo, sino de todos los pueblos de quienes el Mesías debe ser el jefe y la esperanza.

En el estilo de la Escritura, el pueblo judío es nombrado en singular y por excelencia *el pueblo*, ó *el pueblo de Dios*, y cuando se encuentra escrito *los pueblos*, los que se hallan prácticos en la inteligencia de las Escrituras, entienden por esta voz todos los demas pueblos á quienes se estiende tambien la

promesa del Mesías en la profecía de Jacob.

Esta gran profecía encierra en pocas palabras toda la historia del pueblo judío y del Cristo que le fue prometido: marca tambien toda la historia sucesiva del pueblo de Dios, cuyos efectos duran todavía. Por lo tanto no pretendo haceros un comentario de ella: ni tendreis necesidad, pues que observando simplemente la historia sucesiva del pueblo de Dios, vereis cómo se desenvuelve por sí mismo el sentido del oráculo, y como los acontecimientos solos serán sus verdaderos intérpretes.